

POR EL MUNDO**POSFILOLOGÍA****POST-PHILOLOGY¹****Michelle R. Warren**
Dartmouth College

Profesora de literaturas comparadas en Dartmouth College. Es autora de *Creole Medievalism: Colonial France and Joseph Bédier's Middle Ages* (U. of Minnesota P.), and *History of the Edge: Excalibur and the Borders of Britain, 1100-1300* (U. Of Minnesota P., 2000) y co-editora de *Postcolonial Moves: Medieval through Modern* (Palgrave, 2003) y *Arts of Calculation: Quantifying Thought in Early Modern Europe* (Palgrave, 2004). Su último libro, *Holy Digital Grail: A Medieval Book on the Internet* (Sharp, 2022) recibió el apoyo de la Fundación Guggenheim y del American Council of Learned Societies. Desde 2015 lleva adelante el proyecto [Remix the Manuscript](#), un experimento en curso sobre cómo las tecnologías digitales afectan el acceso y el entendimiento de la cultura material.

Contacto: Michelle.R.Warren@dartmouth.eduORCID: [0000-0002-7159-0605](https://orcid.org/0000-0002-7159-0605)DOI: [10.5281/zenodo.10433410](https://doi.org/10.5281/zenodo.10433410)

¹ Bajo la autorización de la autora, publicamos “Post-Philology”. Traducción: Ignacio Repetto. Revisión: Leo Cherrí. Fuente: *Postcolonial Moves: Medieval Through Modern*. Patricia Clare y Michelle R. Warren (editoras), Nueva York, Palgrave Mcmillan, 2003.

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

*Políticas del lenguaje**Grandes relatos**Crítica textual**Teoría poscolonial*

La filología ha sido más a menudo irrelevante que controvertida dentro de los debates críticos dominantes. Con la expansión de las tecnologías eléctricas y la fragmentación de las disciplinas nacionalistas que primero nutrieron la filología, su desaparición puede parecer más segura que nunca. De hecho, Roberta Frank ha señalado que algunos diccionarios declaran audazmente que la palabra ya no está en uso. Parece que muchos se han tomado a pecho el consejo de René Wellek de "abandonar" la filología. Frank, sin embargo, sigue preguntándose por el futuro y concluye con una pregunta que me ha interesado desde que me enfrenté por primera vez a la perspectiva de impartir un curso de postgrado en filología (tradicionalmente un curso técnico para especialistas en estudios medievales) para estudiantes interesados principalmente en las literaturas modernas: "¿Tiene la filología, retrógrada hasta la médula, un tiempo futuro?"¹ Mis experiencias con "Introducción a la filología románica" me llevaron a formular la pregunta en términos propios de los debates críticos actuales: ¿puede la filología alcanzar el siguiente "post" junto con lo "moderno" y lo "colonial"? ¿Cómo puede una disciplina dedicada a las metanarrativas sobre el lenguaje hacer frente a las críticas sobre la unidad tanto del lenguaje como de la subjetividad? ¿Y cómo puede una disciplina fomentada en medio de los colonialismos europeos del siglo XIX enfrentarse a las críticas de esa historia y sus legados?

ABSTRACT

KEYWORDS

*Language Policy**Master Narrative**Textual Criticism**Postcolonial Theory*

Philology has been more often irrelevant than controversial within mainstream critical debates. With the expansion of electric technologies and the fragmentation of the nationalist disciplines that first nurtured philology, its demise may seem more certain than ever. Indeed, Roberta Frank has pointed out that some dictionaries boldly declare that the word is no longer in use. Many, it would seem, have taken to heart René Wellek's advice "to abandon" philology altogether. Frank, however, still wonders about the future and concludes with a question that has interested me since I first faced the prospect of teaching a graduate course in philology (traditionally a technical course for specialists in medieval studies) for students primarily interested in modern literatures: "Does Philology, backward looking to her core, have a future tense?"¹ My experiences with "Introduction to Romance Philology" led me to formulate the question in terms specific to current critical debates: can philology reach the next "post" along with the "modern" and the "colonial"? How can a discipline devoted to meta-narratives about language cope with critiques of the unity of both language and subjectivity? And how can a discipline fostered in the midst of nineteenth-century European colonialisms engage critiques of that history and its legacies?

En el interior de los debates críticos centrales, la filología ha sido con frecuencia más irrelevante que controvertida.² Con la expansión de las tecnologías eléctricas y la fragmentación de las disciplinas nacionales que primero nutrieron a la filología, su fin parece estar asegurado. En efecto, Roberta Frank ha señalado que algunos diccionarios audazmente declaran que la palabra "filología" ya está en desuso. Pareciera que muchos han tomado a pecho el consejo de René Wellek de "abandonar" a la filología completamente. Frank, sin embargo, aún se pregunta sobre el futuro y concluye con un interrogante que me ha interesado desde que enfrenté la posibilidad de dictar un curso de grado de filología (un curso técnico tradicionalmente destinado a medievalistas) para estudiantes principalmente interesados en literatura moderna: "Con su mirada orientada hacia el pasado, ¿tiene la Filología un tiempo futuro?"³ Mis experiencias en "Introducción a Filología Románica" me han llevado a formular la siguiente pregunta en los términos específicos de los debates críticos actuales: "¿puede la filología alcanzar el siguiente "pos" a la par de lo "moderno" y lo "colonial"? ¿Cómo puede una disciplina dedicada a las metanarrativas sobre el lenguaje hacer frente a las críticas sobre la unidad tanto del lenguaje como de la subjetividad? ¿Y cómo puede una disciplina adoptada por los colonialismos europeos decimonónicos comprometerse en la crítica de esa historia y sus legados?"

Como respuesta parcial a estas preguntas, este ensayo delinea varias formas de lo que voy a llamar *posfilología*, con la esperanza de que la filología y los estudios contemporáneos de cultura y de literatura permanezcan (o devengan) aliados vigorosos. La *posfilología* no designa un movimiento más allá o en contra de la filología. Más bien se refiere a prácticas filológicas que se entrecruzan con los estudios posmodernos y poscoloniales, ya sea de modo implícito o explícito. La primera parte de este ensayo, entonces, inspecciona los problemas que supone la definición de estos tres términos. La segunda parte se vuelca sobre los evidentes encuentros entre la filología y el posmodernismo a partir de la década del '80; la tercera versa sobre las múltiples

² En memoria de Suzanne Fleischman, quien me alentó en el amor y en el trabajo de la filología. Mis comentarios sobre la "nueva filología" de 1990 fueron presentados por primera vez en la conferencia de la Modern Language Association de 1994. Le estoy agradecida a David Hult por la invitación para hablar y a Stephen Nichols y William Paden por sus respuestas entusiastas. Le debo un agradecimiento a mis colegas Jane Connolly y Rebecca Biron por las conversaciones que tuvimos acerca del español, a los alumnos del curso de posgrado "Introducción a la Filología románica", dictado en el semestre de otoño de 1998, a mi asistente de investigación de grado, Angélique Ruhi, y al Programa de Honor de la Universidad de Miami por financiar su investigación.

³ Roberta Frank, "The Unbearable Lightness of Being a Philologist," *Journal of English Germanic Philology*, 96 (1997): 486-513, cfr. 490, 513; René Wellek, *Theory of Literature* (Nueva York: Harcourt, Brace, 1949), 29.

interacciones entre la filología y los estudios poscoloniales. Los ejemplos a los que apelo testimonian la ya viva práctica de la posfilología. Al delinear una definición, en lugar de exigir la creación de algo nuevo, pretendo volver visibles las implicancias compartidas de estas prácticas.

Definiciones

La *filología*, lo *posmoderno* y lo *poscolonial* se encuentran vinculados primero y ante todo por sus respectivas crisis de identidad: numerosas publicaciones exponen la controversia que supone la definición de estos términos. Etimológicamente, la filología designa un abanico de actividades potencialmente infinitas, guiadas por "el amor del lenguaje". En términos disciplinares, el abanico es apenas menos amplio, e incluye la lingüística histórica, la edición de textos, el análisis literario y el estudio de culturas nacionales.⁴ En la práctica, aquellos usos que limitan la *filología* a un juego de compromisos técnicos entran en tensión con este potencial epistemológico virtualmente ilimitado. En efecto, la *Introducción al Estudio de Lenguas y Literaturas Modernas* de la Modern Language Association of America que incluye capítulos sobre composición, retórica, teoría literaria, adquisición del lenguaje, feminismo y estudios fronterizos entre otros, se encuentra clasificado bajo un solo denominador "Filología, Moderna-Investigación".⁵ La *filología* media entonces entre la más vasta concepción del conocimiento textual y las más especializadas técnicas para producir textos. En parte por este motivo, es a la vez ubicua e invisible.

Desde una perspectiva filológica lo *posmoderno* parece relativamente obvio: se refiere a aquello que sucede a lo *moderno*.⁶ En un primer nivel, entonces, lo *posmoderno* designa un período histórico, aunque exista poco consenso sobre sus parámetros (¿cuándo acabó lo *moderno*? ¿Acabó del mismo modo en todos los campos culturales? ¿Puede acabar también lo posmoderno?). El valor temporal del *pos*, sin embargo, se ve debilitado por las definiciones estéticas del posmodernismo que refieren a representaciones estéticas que perturban las relaciones lineales y jerárquicas, caracterizadas por la fragmentación, la falta de referencia, el pastiche, la contingencia, los simulacros (copias sin originales) y las metaficciones. Las estéticas posmodernas delatan una cri-

⁴ Erich Auerbach, *Introduction aux études de philologie romane* (Frankfurt am Main: V. Klostermann, 1949); Evelyn S. Firchow, "Today's Definition of Philology," *Monatshefte*, 63 (1971): 147-56, 242-6; Margaret E. Winters y Geoffrey S. Nathan, "First He Called Her a Philologist 'Then She Insulted Him,'" en *The Joy of Grammar: A Festschrift in Honor of James D. McCaw* ed. Diane Brentari, Gary N. Larson, y Lynn A. MacLeod (Amsterdam: Benjamins, 1992), 351-67.

⁵ Ed. Joseph Gibaldi (Nueva York: Modern Language Association, 1992).

⁶ Jean-Francois Lyotard, *La condition postmoderne: rapport sur le savoir* (París: Éditions de minuit, 1979); Fredric Jameson, *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991); Hans Bertens, *The Idea of the Postmodern: A History* (Londres: Routledge, 1995).

sis de la representación que contrasta con las supuestamente confiadas afirmaciones del modernismo acerca del acceso a la verdad y, puesto que estas afirmaciones persisten, el posmodernismo discute lo moderno pero realmente no lo deja de lado.⁷ Esta crisis estética se encuentra estrechamente relacionada con una crisis cultural más amplia, dado que la crítica de los orígenes y la referencialidad implica una disolución de las narrativas maestras del modernismo y, por tanto, de las formas establecidas de legitimación social y política. El posmodernismo pide cuestionar la autonomía y la unidad del sujeto humano, ya que las condiciones del conocimiento, en general, son radicalmente descentradas.

Lo *poscolonial* presenta una similar doble relación con la historia: indica tanto un quiebre con los pasados coloniales y un activo compromiso con sus legados y renovaciones. Como lo *posmoderno*, lo *poscolonial* refiere a tanto condiciones históricas como estéticas. Para Arif Dirlik, el concepto posee una triple referencia: las sociedades previamente colonizadas ahora Estados-Nación independientes, la condición global luego del período moderno del colonialismo, y los discursos sobre las dos condiciones precedentes. Laura Christman divide el campo de un modo algo distinto: las sociedades previamente colonizadas –ahora Estados-Nación–, los productos intelectuales y estéticos de la colonización y una posición de sujeto escogida individualmente.⁸ Aunque otras variantes sobre esta división básica entre geopolítica y representación podrían sin duda ser añadidas, un compromiso político fundamental subyace a todas las connotaciones de lo *poscolonial*; tanto es así que su estatuto como un campo de estudio académico en las universidades de antiguas potencias coloniales resulta por sí mismo sospechoso. En efecto, para algunos críticos, el aspecto globalizante del discurso poscolonial lo vuelve una nueva forma de colonialismo que pasa por alto diferencias culturales y de clase.⁹

Incluso a partir de estos esbozos superficiales, la *filología*, lo *posmoderno*, y lo *poscolonial* parecen compartir una serie de rasgos en tanto prácticas disciplinares (además del uso generalizado por parte de personas que libremente admiten sus inadecuaciones conceptuales). Tanto lo *posmoderno* y lo *poscolonial*, por ejemplo, critican la totalización o la universalización de los gestos. Kwame Anthony Appiah señala que el posmodernismo rechaza “reclamos

⁷ Linda, Hutcheon. “A Postmodern Problematics”, en *Ethics/Aesthetics: Post-Modern Positions*, ed. Robert Merrill (Washington, D.C.: Mazonneuve Press 1988), 1-10.

⁸ Dirlik, “Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism,” *Critical Inquiry*, 20 (1994): 328-50, cfr. 332; Laura Chrisman, “Inventing Post-colonial Theory: Polemical Observations,” *Pretexts*, 5 (1995): 205-12, cfr. 210.

⁹ Cfr. Chrisman, “Inventing Post-Colonial Theory”, 205-8; Makarand Paranjape, “Theorising Postcolonial Difference: Culture, Nation, Civilization,” *Span*, 47 (4998): 1-17.

de exclusividad”, mientras que Dirlik afirma que el discurso poscolonial repudia narrativas maestras. Ambos conceptos implican aquello que Appiah llama “desafíos a las previas narrativas legitimadoras”, sosteniendo lo que John Frow denomina como una “difícil y ambivalente resistencia a la modernidad”.¹⁰ Para los estudios poscoloniales, esta relación es tan compleja que puede recibir formulaciones casi opuestas. Según Dipesh Chakrabarty, el modernismo forma parte del colonialismo europeo, mientras que, para Benita Parry y Homi Bhabha el colonialismo es constitutivo de la modernidad europea.¹¹ En ambos casos, el vínculo es tanto histórico (en relación con la Europa del siglo XIX y XX) como estético (en relación con la representación realista). Este doble cruce, como señala Chrisman, “permite o implica la intercambiabilidad de material (geográfico, político y económico) con procesos estéticos e interpretativos”.¹² Como resultado, tanto lo *posmoderno* como lo *poscolonial* permanecen en conflicto consigo mismos, separados por significantes intervenciones ideológicas y auto-referencias solipsistas.

En términos teóricos, los estudios posmodernos y poscoloniales comparten una deuda con el posestructuralismo y las formas en las que la deconstrucción habilita el desarmado general de sistemas de significación. En efecto, Victor Li ofrece una definición de la teoría poscolonial que puede igualmente aplicar para el posmodernismo:

Una característica central de la teoría poscolonial es el ejercicio de una cierta vigilancia histórica, una cautela respecto de todos los discursos monoculturales y su imperativo colonizador. El recelo hacia las narrativas iluministas y de progreso de Occidente por parte de la teoría poscolonial solo es igualada por su determinación para evitar ser absorbidas por alegorías nacionales de autenticidad nativa inventadas o imaginadas. La vigilancia crítica de la teoría poscolonial, además, está dirigida contra sí misma, de modo que sus locuciones, locuciones e intereses institucionales y geopolíticos, son todos cuestionados.¹³

¹⁰ Kwame Anthony Appiah, “Is the Post- in Postmodernism the Post- in Postcolonial?” *Critical Inquiry*, 17 (1991): 336-57, cfr. 342,353; Dirlik, “Postcolonial Aura”, 334-36; John Frow, “What Was Post-Modernism?” en *Past the Last Post: Theorizing Post-Colonialist and Post-Modernist*, Jan Adamand Helen Tiffin (Calgary: University of Calgary Press, 1990), 139-52, cf. 139.

¹¹ Dipesh Chakrabarty, “Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for ‘Indian’ Pasts?” *Representations*, 37 (1992): 1-26, cfr. 23; Benita Parry, “The Postcolonial: Conceptual Category or Chimera?” in *The Politics of Postcolonial Criticisms*, ed. Andrew Gurr, *The Yearbook of English Studies*, 27 (1997): 3-21, cfr. 17; Homi Bhabha, *The Location of Culture* (Londres: Routledge, 1994), 196, 246.

¹² Chrisman, “Inventing Post-Colonial Theory”, 210.

¹³ Victor Li, “Towards Articulation: Postcolonial Theory and Demotic Resistance”, *Ariel*, 26 (1995): 167-89, cfr. 171.

La teoría posmoderna es igualmente recelosa de los discursos unificadores y los poderes que les subyacen, y del mismo modo es crítica de las teleologías del progreso, así como comprometida en la crítica autorreflexiva. En términos de estrategias representacionales, las obras identificadas con cualquiera de estas etiquetas a menudo comparten modos narrativos (por ejemplo, metaficción e ironía) y temas (por ejemplo, marginalidad). Ambas, entonces, reconfiguran la historia, lo que las lleva a dialogar con la filología, ella misma un conjunto de métodos para constituir a la historia a través del lenguaje.

A primera vista, la filología parece apartada de los estudios posmodernos y poscoloniales. Las críticas de Jacques Derrida al logocentrismo, por ejemplo, parecieran sentenciar a muerte a una disciplina enamorada del logos.¹⁴ Pero la filología no solo continúa, sino que sigue adscribiendo a las grandes narrativas de la legitimación. Rupert Pickens afirma, por ejemplo, que "la escritura filológica abraza una retórica no de ruptura, sino de continuidad. No pretende destruir ni subvertir, por lo tanto no pretende renovar".¹⁵ La posfilología tiene lugar entre estos dos extremos, en el que el fetiche filológico por el detalle jaquea las grandes narrativas. Como lo posmoderno y lo poscolonial, entonces, la filología sostiene una relación difícil con su pasado modernista. El potencial de la filología para combinar inquietudes históricas y estéticas la vincula también con las críticas posmodernas y poscoloniales, porque mientras la filología alega establecer hechos lingüísticos objetivos, la visibilidad de esos hechos a menudo depende del cumplimiento de supuestos estéticos particulares sobre el lenguaje y el metro. Finalmente, la filología está igualmente implicada en el post-estructuralismo en tanto que ambos vuelven sobre la materialidad del lenguaje. En efecto, Paul de Man sugirió que la deconstrucción no es sino una forma de la filología en tanto "un examen de la estructura del lenguaje previo al sentido que este produce". Jonathan Culler ha respaldado hace poco esta alianza con la deconstrucción. Y Peggy Knapp ha propuesto una "filología reciclada" que, de modo similar, sostiene que la "mera lectura" en el nivel del léxico puede perturbar supuestos críticos e históricos.¹⁶ Este tipo de lecturas hacen de la filología una partícipe activa en la disrupción de discursos hegemónicos y, por tanto, del poder. En

¹⁴ Mark D. Johnston, "Philology in the Epoch of the Cogito", *Criticism*: 25, (1983): 109-22.

¹⁵ Rupert T. Pickens, "The Future of Old French Studies in America: The 'Old' Philology and the Crisis of the 'New'", en *The Future of the Middle Ages: Medieval Literature in the 1990s*, ed. William D. Paden (Gainesville: University Press of Florida, 1994), 53-86, cfr. 73.

¹⁶ Paul De Man, "Return to Philology", en *Resistance to Theory* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986) 21-6, cfr. 24; Jonathan Culler, "Anti-Foundational Philology," *Comparative Literature Studies*, 27 (1990): 49-52; Peggy Knapp, "Recycling Philology", *ADE Bulletin*, 106 (1993): 13-16. David Greetham, sin embargo, critica con justicia tanto a De Man como a Culler por considerar a la filología como pre-hermenéutica: "The Resistance to Philology", en *The Margins of the Text*, ed. D.C. Greetham (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1997) 9-24.

efecto, Edward Said ha hecho de la filología una parte integral de su crítica del imperio (aunque a menudo como una réplica al posmodernismo).¹⁷ Así, las críticas filológicas, posmodernas y poscoloniales comparten compromisos con la historia, con métodos para confrontar las relaciones entre universales y particulares, y con desafíos a la hegemonía. Las historias de esas disciplinas, además, se encuentran vinculadas a los colonialismos del siglo XIX europeo, mientras que sus presentes están atados a las instituciones académicas metropolitanas.

Por supuesto, una variedad de elementos distingue estos tres términos, incluyendo la política de oposiciones, la sensibilidad lúdica y la ambición científica. Si la relación entre la filología y el posmodernismo ha sido polémica (como discuto abajo), aún más lo ha sido la relación entre lo posmoderno y lo poscolonial. Aunque el "pos" compartido indica que ambos reaccionan a sus antecedentes, por sí solo no basta para alinear estos dos conceptos. Mientras que el posmodernismo desarma las estructuras binarias que subyacen al dominio colonial y ofrece herramientas para la crítica cultural y política potencialmente corrosivas, su sentida amoralidad y ahistoricismo han preocupado profundamente a quienes están atentos a las demandas materiales de la resistencia y la emancipación. La negación de la agencia y de la subjetividad individual del posmodernismo, más bien habilita la explotación neocolonial y suprime la posibilidad de una resistencia intencionada. Más de un crítico ha señalado la ironía perniciosa del rechazo de la efectividad del sujeto humano por parte de la filosofía occidental, en el momento en el que los pueblos subyugados estaban ejerciendo su independencia de los regímenes coloniales.¹⁸

A pesar de estas y de otras diferencias muy reales, la historia reciente de los debates críticos en el interior de las universidades ha reunido a la *filología*, lo *posmoderno* y lo *poscolonial*. Desde la década del '80, la filología y el posmodernismo han sido explícitamente asociados. Estos debates coincidieron con la consolidación de estudios poscoloniales en universidades de los Estados Unidos y del Reino Unido. La filología en el presente, entonces, no puede

¹⁷ Edward Said, "Islam, Philology and French Culture: Renan and Massignon", en *The World, the Text, and the Critic* (Londres: Faber, 1984), 268-90; Tim Brennan, "Places of Mind, Occupied Minds: Edward Said and Philology", en *Edward Said: A Critical Reader*, ed. Michael Sprinker (Oxford: Blackwell, 1992), 74-95, especialmente 77-81, 91-2.

¹⁸ Simon During, "Postmodernism or Postcolonialism?" *Landfall*, 39 (1985):366-80; Helen Tiffin, "Post-Colonialism, Post-Modernism and the Rehabilitation of Post-Colonial History", *The Journal of Commonwealth Literature*, 23 (1988): 169-81; Arun P. Mukherjee, "Whose Post-Colonialism and Whose Postmodernism?", *World Literature Written in English*, 30.2 (1990): 1-9; Ella Shohat, "Notes on the 'Post-Colonial'", *Social Text*, 10 (1992): 99-113; Bhabha, *Location of Culture*, 171-97; E. San Juan, Jr., *Beyond Postcolonial Theory* (Nueva York: St. Martin's Press, 1998); Walter D. Mignolo, *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking* (Princeton: Princeton University Press, 2000), 172-214.

sino interactuar con los *pos-* que actualmente le dan forma a los estudios culturales y literarios.

Lo posmoderno

Como atestiguan los debates iniciados por Platón y otros autores de la antigüedad, la filología ha estado renovándose desde sus orígenes.¹⁹ En la historia temprana de la universidad moderna, la “nueva filología” designaba una distinción con respecto a la filología clásica, institucionalizada con la creación de las revistas *Neophilologische Mitteilungen* (1899), *Neophilologus* (1915), y *Studia Neophilologica* (1928). Durante este mismo período, los estudiosos italianos formaron su propia “nueva filología”,²⁰ mientras que, en la década del ’50, el español José Ortega y Gasset formuló su “Axiomática para una nueva filología”, comparando a la “vieja” filología con el espectáculo de una espantosa mutilación: “[ella] descuartiza la realidad [del lenguaje] y conserva solo uno de sus miembros”.²¹ Hacia fines de los sesenta, Robert Dyer propuso la “nueva filología” como la unión de la lingüística y del análisis literario; una década más tarde, Mary Speer llamó a la revisión de las nuevas guías de edición una “defensa” de la filología.²² El aspecto “siempre ya” de estas repetidas declaraciones de ruptura y resistencia hacen que la *filología* y las prácticas que la designan sean blanco casi ideal del análisis posmoderno. En efecto, al reformular la “nueva filología” en 1990, Stephen Nichols hizo de la posmodernidad su rasgo distintivo: “Es la cultura del manuscrito aquello que la ‘nueva’ filología pretende explorar en un regreso posmoderno a los orígenes de los estudios medievales”.²³ Mientras que el interés por los manuscritos puede parecer inofensivo y hasta esperable, la “nueva filología” de Nichols despertó amargas reacciones por parte de editores que percibieron en él un ataque a la validez básica de sus proyectos intelectuales.²⁴ Aquí, sin embargo, me interesa

¹⁹ Lee Patterson esboza esta historia en “The Return to Philology”, en *The Past and Future of Medieval Studies*, ed. Tom Van Engen (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1994), 231-44, cfr. 233-4. R. Howard Bloch considera algunos de los modernos matices de la llamada “renovación” en “New Philology and Old French,” *Speculum*, 65 (1990): 38-58, cfr. 38-9.

²⁰ Michele Barbi, *La nuova filologia e Pedizione dei nostri scrittori da Dante a Manzoni* (Florenca: G. C. Sansoni, 1938).

²¹ José Ortega y Gasset, “The Difficulty of Reading” trad. Clarence E. Parmenter, *Diogenes*, 28 (1959): 1-17, cfr. 2, 17.

²² Robert R. Dyer, “The New Philology: An Old Discipline or a New Science?” *Computers and Humanities*, 4 (1969): 53-64; Mary B. Speer, “In Defense of Philology: Two New Guides to Textual Criticism”, *Romance Philology*, 32 (1979): 335-44.

²³ Stephen G. Nichols, “Introduction: Philology in a Manuscript Culture” *Speculum*, 65 (1990) 1-10, cfr. 7.

²⁴ *Towards a Synthesis? Essays on the New Philology*, ed. Keith Busby (Amsterdam: Rodopi, 1993) Karl Stackmann, “Neue Philologie?” en *Modernes Mittelalter: Neue Bilder einer populären Epoche*, ed. Joachim Heinzle (Frankfurt am Main: Insel, 1994), 398-427; Werner Schröder, “Die ‘Neu Philologie’ und das ‘Moderne

la conjunción, en apariencia antitética, de lo "posmoderno" y el "regreso a los orígenes".

Aunque el adjetivo y el sustantivo *posmoderno* (y sus parientes *posmodernismo*, *posmodernista*, y otros parecidos) nunca son explícitamente definidos en los debates en torno a la filología, su aplicación ha sido generalmente consistente con el campo semántico definido por las discusiones teóricas generales. El *posmodernismo*, por ejemplo, designa de modo consistente un período histórico que se extiende desde el fin de la modernidad (sea cuando sea que eso haya ocurrido) al presente o a algún pasado reciente.²⁵ Con este uso, la "filología posmoderna" simplemente significa las maneras en las que la filología es practicada en la actualidad, sin importar la ideología del practicante. En términos igualmente objetivantes, al posmodernismo se lo entiende también como un nuevo "clima".²⁶ Esta metáfora geofísica ubica al posmodernismo como una presencia por fuera de las prácticas individuales: no es un discurso o una teoría, sino que, al igual que el calentamiento global, es algo que nos está sucediendo y que se siente más allá de nuestro control directo.

El presente clima, de hecho, parece imponer el término en contra de la voluntad de los críticos. Desde sus más tempranos usos en discusiones filológicas, la insatisfacción con el término es uno de sus aspectos más salientes. Lo *posmoderno* se aplica "con soltura y por conveniencia", "para seguir la costumbre actual" e "incomoda" a algunos críticos.²⁷ (La filología también tiene el poder de "inquietar" a algunos críticos)²⁸ En este sentido, lo posmoderno funciona como una categoría no descriptiva, inaplicable y obligatoria a la vez

Mittelalter", *Jener Universitätsreden*, 1 (1996):33-50; Alte10 neue Philologic, ed. Martin-Dietrich Glessgen y Franz Lebsanft (Tübingen: Niemeyer, 1997).

²⁵ Suzanne Fleischman, "Philology, Linguistics, and the Discourse of the Medieval Text", *Speculum*, 65 (1990): 19-37, cfr. 19; Lee Patterson, "On the Margin: Postmodernism, Ironic History, and Medieval Studies," *Speculum*, 65 (1990): 87-108, cfr. 87; Alan Frantzen, "The Living and the Dead: Responses to Papers on the Politics of Editing Medieval Texts", en *The Politics of Editing Medieval Texts*, ed. Roberta Frank (New York: AMS Press, 1993), 159-81, cfr. 164; William D. Paden, "Is there a Middle in this Road? Reflections on the New Philology" en *Towards a Synthesis?* 119-30, cfr. 122; "Scholars at a Perilous Ford," en *The Future of the Middle Ages*, 3-31 cfr. 8; Pickens, "The Future" 72; David Hult, *Nouvelle philologie ou nouvelle imposture? Manuscript Study in the Postmodern Era* (título del panel, Modern Language Association, 1994).

²⁶ Fleischman, "Philology" 19; Gabrielle Spiegel, "History, Historicism and the Social Logic of the Text in the Middle Ages", *Speculum*, 65 (1990): 59-86, cfr. 59.

²⁷ Stephen G. Nichols, "Editor's Preface", *Romanic Review*, 79 (1988): 1-3, cfr. 1; Fleischman, "Philology" 19; Paden, "Is there a Middle", 124.

²⁸ Stephen G. Nichols, "Deeper into History", *L'esprit créateur*, 23 (1983): 91-102, cfr. 91; Firchow, "Today's Definitions", 243.

(vacuada de significado, puede incluso servir como el equivalente de *moderno*).²⁹ Su uso designa entonces una crisis disciplinaria en la que los críticos ya no definen los términos de su propia práctica, sino que, por el contrario, se ven sujetos a fuerzas externas de una naturaleza indeterminada.

Ante la ausencia de una narrativa disciplinaria claramente definida (la clase de narrativa maestra desafiada por el posmodernismo), la naturaleza del conocimiento cambia radicalmente. Se sigue, entonces, que la naturaleza de lo que se puede conocer sobre los textos ha cambiado también. Este nuevo estado epistemológico caracterizado por la indeterminación se llama “posmoderno”.³⁰ En este sentido, el posmodernismo señala una necesidad de repensar nuestro conocimiento del pasado. Algunos, incluso pueden decir que representa una negación de la historia *per se*.³¹ El resultado de esta reconsideración es un “cuestionamiento metodológico”, también posmoderno.³² Una respuesta a este cuestionamiento es la sustitución de metodologías tradicionales por el posestructuralismo.³³ En estas instancias, la *filología* y lo *posmoderno* designan dos polos de una oposición entre la técnica y la teoría. Otra respuesta a este cuestionamiento es la sustitución de metodologías tradicionales por el historicismo. Este historicismo posee dos características principales. En primer lugar, se enfoca en los manuscritos, “el estudio de artefactos medievales en su materialidad histórica y cultural”.³⁴ En segundo lugar, a este historicismo se le llama irónico, de modo que las jerarquías son desarticuladas y las oposiciones binarias simplemente se vuelven “*difference*”.³⁵ En ambos casos, el *posmodernismo* se refiere al antídoto para lo que sea que se perciba inadecuado en la crítica pasada o presente. Lo *posmoderno* entonces emerge como una marca ya sea de valor o de ilegitimidad, dependiendo de los presupuestos de los críticos.

Esta “nueva filología” posmoderna respondió en gran medida a las prácticas filológicas que se desarrollaron bajo el modernismo del siglo XIX, y que fueron percibidas como perdurables hacia fines del siglo XX. Para la filología modernista, como Nichols y R. Howard Bloch han demostrado, los manuscritos funcionaron principal y casi exclusivamente como fuentes para

²⁹ Pickens caracteriza el trabajo sobre la variación textual de Paul Zumthor como marcado por una “perspectiva modernista/posmodernista” (“The Future”, 61).

³⁰ Fleischman, “Philology” 19; Paden, “Reflections on the Past and Future of Medieval Studies”, *Romance Philology*, 50 (1997): 308-14 cfr. 311; Spiegel, “History”, 59.

³¹ Keith, Busby, “Doin’ Philology While the -isms Strut”, en *Towards a Synthesis?* 85-95, cfr. 91; Pickens, “The Future”, 72.

³² Nichols, “Editor’s Preface”, 1; también, Fleischman “Philology”, 19.

³³ Mary B. Speer, “Editing Old French Texts in the Eighties: Theory and Practice”. *Romance Philology*, 45 (1991): 7-43, cfr. 16, 19.

³⁴ Nichols, “Introduction: Philology”, 1.

³⁵ Patterson, “On the Margin”, 90.

textos-textos que necesitan de la clarificación que ofrece la impresión moderna.³⁶ Joseph Bédier podría declarar, por ejemplo, que todo trabajo superviviente debería ser publicado “ne serait-ce que pour s’en débarasser et pour qu’il soit possible à l’avenir d’en faire table rase” [tan solo para poder deshacerlos de ellos y para que en un futuro resulte posible hacer tabula rasa].³⁷ Las reacciones en oposición a esta historia filológica provinieron en parte de la percepción de que la crítica literaria en general seguía soslayando la relevancia de la literatura medieval. Al menos en principio, la desarticulación de los valores estéticos modernistas colocó textos medievales en pie de igualdad con la literatura más reciente. Incluso los latinistas tradicionales, por ejemplo, imaginaron que la nueva crítica de los años sesenta podía inspirar un resurgimiento de las letras clásicas y de la filología.³⁸ A pesar de este potencial, sin embargo, las rúbricas modernistas de periodización permanecieron en gran medida intactas (debido en parte a la influencia de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault), y los medievalistas se quejaron de la persistente marginalización dentro del campo literario más amplio.³⁹ Todavía más importante para la filología, la textualidad permaneció modernista, en el sentido en que las ediciones siguieron funcionando como representaciones más o menos adecuadas de artefactos archivísticos.

En contraste con esta tradición modernista, la “nueva filología” de los años noventa se define posmoderna y centrada en manuscritos (Nichols luego excluyó de modo explícito las ediciones y la cultura impresa en general).⁴⁰ Sin embargo, el principio subyacente de esta metodología que privilegia la “originalidad” está lejos de ser posmoderno. La crítica a la originalidad está bien desarrollada en la crítica estética, y de modo más influyente en “La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica” de Walter Benjamin.⁴¹ Inspirada por Benjamin, Rosalind Krauss ha circunscripto la originalidad en términos explícitamente posmodernos. Krauss arguye que la continuación de valores modernistas en un mundo posmoderno lleva a que tanto críticos

³⁶ Nichols, “Introduction: Philology”, 1-7; Bloch, “New Philology”, 39-47.

³⁷ Joseph Bédier, “La Société des anciens textes français”, *La Revue des deux mondes*, 121 (1894) 906-34, cfr. 910.

³⁸ Henry Bardon, “Philologie et Nouvelle Critique”, *Revue belge de philologie*, 48 (1970): 5-15. Este es precisamente el resultado del encuentro poscolonial imaginado por Kathleen Biddick entre san Beda el Venerable y una profesora feminista chicana. La profesora sugiere que sus alumnxs tendrían mejor disposición para aprender latín si estuvieran lo suficientemente comprometidos por las similitudes entre los traumas lingüísticos de san Beda y los propios: “Bede’s Blush: Postcards from Bali, Bombay, Palo Alto”, en *The Past a Future of Medieval Studies*, 16-44, cfr. 30-4.

³⁹ En determinado momento, Patterson plantea el “problema” explícitamente en términos de la promesa fallida de una academia posmoderna. (“The Return”, 242).

⁴⁰ Stephen G. Nichols, “Philology and Its Discontents”, en *The Future of the Middle Ages*, 113-4 cfr. 139: n. 14.

⁴¹ Walter Benjamin, *Illuminations*, ed. Hannah Arendt, trad. Harry Zohn (Nueva York: Harcourt Brace and World, 1968), 219-53.

como artistas se "[aferren] a una cultura de originales que no tiene lugar entre los medios de la reproducción". Esta nostalgia se asemeja al favorecimiento de artefactos textuales originales por sobre las varias reproducciones hechas posibles por tecnologías fotográficas y digitales. Para Krauss, si el modernismo se caracteriza por un "discurso de la originalidad" que tiene como condición la inautenticidad de la copia, entonces el posmodernismo se caracteriza por el "discurso de la copia".⁴² Las estéticas posmodernas entonces implican una dispersión del momento originario y el desplazamiento del privilegio otorgado a la originalidad y a la autenticidad por parte del modernismo.

El posmodernismo conlleva una reevaluación crítica de todos los artefactos culturales. Esta reevaluación no es un reordenamiento de las jerarquías que tradicionalmente han estructurado el entendimiento histórico, sino la desarticulación de estas en pos de la heterodoxia o el eclecticismo (que, de hecho, ha sido el aporte de los varios análisis filológicos que se inspiran directamente en la "nueva filología" de 1990).⁴³ No se trata meramente de los márgenes que regresan para hostigar al centro, sino de la dispersión de la metáfora centrípeta en su conjunto. En la medida, entonces, en que la "nueva filología" de los noventa busca reemplazar copias con originales, es más moderna que posmoderna. El "deseo de regresar a los orígenes medievales de la filología", "de enfocar nuestra atención sobre la cultura manuscrita del Medioevo", "a los fundamentos de la expresión medieval" para prescribir el "centro de nuestro esfuerzo", da cuenta de una percepción fundamentalmente modernista de la historia, que busca un momento originario, distintivo de todo lo que lo precede o lo sigue.⁴⁴ Esta valoración jerárquica del método es particularmente problemática para la práctica de un "historicismo irónico" porque la disciplina en sí no se vuelve el foco de la ironía.⁴⁵ El deseo en la crítica es quizás inherente a su práctica, pero el deseo de orígenes, como Alan

⁴² Rosalind E. Krauss, "The Originality of the Avant Garde" en *The Originality of the Avant-Garde and Other Modernist Myths* (Cambridge: MIT Press, 1985), 151-70, cfr. 156, 162, 170.

⁴³ Willard J. Rusch, "Philology and the Dynamics of Manuscript Glossing", en *Interdigitations: Essays for Innegard Rauch*, ed. Gerald B Carr, Wayne Harbert, y Lihua Zhang (Nueva York: Peter Lang, 1998), 219-29; Thomas Farrell, "Philological Theory in 'Sources and Analogues'," *Medieval Perspectives*, 15.2 (2000): 34-48.

⁴⁴ Nichols, "Introduction: Philology", 1, 8; 'Editor's Preface', 3; Patterson, "On the Margin", 91-101, 107; Nichols, "Why Material Philology?" *Zeitschrift für Deutsche Philologie*, 116 suplemento (1997): 10-30, cfr. 12-13. Louise Fradenburg también ha interpretado el reclamo de un retorno a los orígenes como una repetición problemática de paradigmas muy viejos: "So That We May Speak of Them: Enjoying the Middle Ages", *New Literary History*, 28 (1997): 205-30, cfr. 218-19, 223-4.

⁴⁵ Richard R. Glejzer critica un descuido similar en el programa más amplio de un "nuevo medievalismo" en "The New Medievalism and the (Im)Possibility of the Middle Ages", in *Medievalism and the Academy II*, ed. David Metzger (Cambridge: D, S. Brewer, 2000), 104-19.

Frantzen ha demostrado en los estudios anglosajones, es específico a los modos modernistas de la crítica.⁴⁶ En última instancia, aunque la práctica de la filología como una investigación posmoderna instruida por el historicismo presta valiosa atención al artefacto histórico,⁴⁷ el favorecimiento del manuscrito –y, en particular, del manuscrito iluminado– como el auténtico artefacto de la cultura medieval no constituye un gesto posmoderno, precisamente porque el posmodernismo necesariamente perturba las nociones de autenticidad.

Una filología en consonancia con el posmodernismo, es decir una posfilología, articula, en cambio, las múltiples mediaciones de deseos históricos. La posfilología excede la búsqueda de los orígenes, dispersando la jerarquía evaluativa, mientras que los estudios de los “materiales originales”, vistos “desde una orientación posmoderna de la filología material” (renombrada luego por Nichols como “nueva filología”)⁴⁸ son tenidos en mayor estima que los estudios dedicados a ediciones.⁴⁹ De hecho, el desplazamiento de la originalidad de la posfilología valida los productos de filologías anteriores como objetos de estudio. Esta desmitificación del artefacto, sin importar su procedencia temporal, habilita una historiografía desde múltiples posiciones.⁵⁰ Porque mientras resulta valioso investigar las apuestas ideológicas de ciertos productos editoriales, como la crítica de Linde Brocato a la hermenéutica escondida de la *Celestina* de P.E. Russell, para la posfilología el propósito de estas críticas debe exceder la evaluación de “mejores” ediciones.⁵¹ La posfilología implica mucho más que una crítica de aspiraciones positivistas.

En la medida en que la filología significa estudiar manuscritos en sí mismos, y con el propósito de publicar ediciones, la posfilología implica diversas

⁴⁶ Alan Frantzen, *Desire for Origins: New Language, Old English, and Teaching the Tradition* (Nuevo Brunswick: Rutgers University Press, 1990).

⁴⁷ Nichols, “Philology”, 137: n. 5.

⁴⁸ Nichols, “Philology” 118; “Why”, especialmente 13, 16-17. Ver también la cambiante “filología materialista” en “Introduction”, in *The Whole Book: Cultural Perspectives on the Medieval Miscellany*, ed. Stephen G. Nichols and Siegfried Wenzel (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996), 1-6, cfr. 1-2. La conceptualización de Nichols se aproxima a la de la “hermenéutica materialista” de Jerome McGann en *The Textual Condition* (Princeton: Princeton University Press, 1991), 15. El término también posee una tradición entre los filólogos italianos, por ejemplo, R. Antonelli, ‘Intepretazione e critica del testo’, in *Letteratura italiana, IV: L’interpretazione*, ed. Alberto Asor Rosa (Torino: Giulio Einaudi, 1985), 141-243.

⁴⁹ De modo similar, Fradenburg lamenta el mensaje que niega que “aquellos sin habilidades filológicas no poseen medios dignos de recordar el pasado porque se ven obligados a recaer en el hoy desacreditado y muerto ‘texto’ humanístico, en lugar de apoyarse en la exuberancia de la ‘textualidad’ medieval” (So That We May Speak of Them”, 224).

⁵⁰ Desarrollo la posicionalidad de la lectura más extensamente en “Interpreting Codicology: Re-visions of the ‘Divine Comedy’ in the Codex Altona”, *Mosaic* 28.4 (1995): 13-37.

⁵¹ Linde M. Brocato, “Leading a Whore to Father: Confronting ‘Celestina’” *La corónica*, 24 (1995): 41-59, cfr. 41.

clases de prácticas. Significa, por ejemplo, la reconfiguración de distintas jerarquías que a menudo rigen la interpretación de las relaciones entre textos, imágenes y otros elementos no lingüísticos hallados en manuscritos.⁵² En la clasificación de manuscritos para propósitos editoriales, la posfilología extiende el proceso iniciado por la crítica de Bédier de la práctica de establecer relaciones “de familia” con el objetivo de determinar la versión más antigua de un texto sobreviviente.⁵³ Al mismo tiempo que Bédier denunciaba la reconstrucción de “originales”, su predilección por un único y “mejor” manuscrito convierte al manuscrito medieval en un análogo del libro impreso y perpetúa el ordenamiento jerárquico de “mejores” y “peores”.⁵⁴ Con la posfilología, por contraste, artefactos jóvenes, incompletos y estropeados se vuelven tan intrigantes como aquellos antiguos y lujosamente ilustrados.⁵⁵ Mientras que los nuevos medios no pueden arrogarse una mayor “precisión”,⁵⁶ tampoco resultan inferiores a los materiales más antiguos. En posfilología, medios de todo tipo ofrecen representaciones valiosas de nuestra historia cultural; el desafío crítico es definir la naturaleza de esa historia.

⁵² Cfr. Mary B. Speer, “Editing Old French Texts in the Eighties: Theory and Practice” *Romance Philology*, 45 (1991): 7-43, cfr. 30-41; Michael Camille, *Image on the Edge: The Margins of Medieval Art* (Cambridge: Harvard University Press, 1992); Stephen G. Nichols, “Picture, Image and Subjectivity in Medieval Culture” *Modern Language Notes*, 108 (1993): 617-37.

⁵³ Cesare Segre, “La critica testuale”, en *Atti: XIV Congresso internazionale di linguistica e filologia romanza, 1974* (Naples: Gaetano Macchiaroli, 1978), 1: 493-9; Germán Orduna, “Hispanic Textual Criticism and the Stemmatic Value of the History of the Text”, en *Scholarly Editing: A Guide to Research*, ed. D.C. Greetham (Nueva York: Modern Language Association, 1995), 486-503; Mary B. Speer, “Old French Literature”, en *Scholarly Editing*, 382-416.

⁵⁴ Nichols, “Introduction: Philology”, 5-7; Lenora D. Wolfgang, “Chrétien’s Lancelot: Love and Philology”, *Reading Medieval Studies*, 17 (1991): 3-17; David Hult, “Lancelot’s Two Steps: A Problem in Textual Criticism”, *Speculum*, 61 (1986): 836-58, cfr. 845.

⁵⁵ Donald H. Reiman, “Versioning: The Presentation of Multiple Texts”, en *Romantic Texts and Contexts* (Columbia: University of Missouri Press, 1987), 167-80; Robert S. Sturges, “Textual Scholarship: Ideologies of Literary Production”, *Exemplaria*, 3.1 (1991): 109-31, cfr. 126-30; Roy Rosenstein, “Monvance and the Editor as Scribe: *Trascrittore traduttore?*” *Romantic Review*, 80 (1989): 157-71; Ross G. Arthur, “On Editing Sexually Offensive Old French Texts” en *The Politics of Editing Medieval Texts*, ed. Boberta Prank (Nueva York: AMS Press, 1993), 19-64, cfr. 63; *The Ironic Page in Manuscript, Print, and Digital Culture*, ed. George Bornstein y Theresa Tinkle (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1998).

⁵⁶ Bernard Cerquiglini, *Éloge de la variante: Histoire critique de la philologie* (París: Editions de Seuil, 1989), 150-61; Sturges, “Textual Scholarship”, 130; J. David Bolter, *Writing Space: The Computer, Hypertext, and the History of Writing* (Hillsdale, NJ: L. Erlbaum, 1991).

La posfilología también establece diversos diálogos entre la crítica textual y el posmodernismo. Por un lado, esto significa una crítica textual marcada teóricamente,⁵⁷ desde la *mouvance*⁵⁸ de Paul Zumthor a la *critique génétique*⁵⁹ derrideana. Como ha señalado Pickens, la teoría de la textualidad de Zumthor se encuentra en consonancia con la estética posmoderna en tanto que la *mouvance* legitima múltiples versiones de un texto y descarta la noción centripeta de “variantes” de un original supuestamente fijo.⁶⁰ La edición de la poesía de Jaufré Raudel del propio Pickens ejemplifica una “versión posmoderna de la experiencia [medieval]”, precisamente porque se rehúsa a valorar cualquier versión de un poema como original, como más auténtica o próxima de la intención autoral que cualquier otra.⁶¹ Por otro lado, la posfilología significa someter el posmodernismo a la crítica textual. En efecto, Linda Hutcheon casi llama a una alianza entre la filología y el posmodernismo cuando identifica “la textualidad del archivo y la inevitable intertextualidad de toda escritura” como asuntos claves para una “problemática” posmoderna.⁶² La textualidad del archivo no es nada menos que el terreno más tradicional de la filología, y un área de creciente y amplio interés.⁶³ Todos los métodos técnicos de la filología se necesitan para continuar la desarticulación de narrativas modernistas, al igual que se necesitan todos los poderes teóricos del posmodernismo para desarticular la científicidad filológica. Cada una puede modificar a la otra de manera productiva, manteniéndose “problemáticas” entre sí.

Los manuales de lingüística también interpretan representaciones textuales. Para la lingüística histórica, entonces, la posfilología enfrenta las consecuencias de la disolución teórica del metalenguaje: ¿cómo puede contarse

⁵⁷ Cfr. Jerome J. McGann, *A Critique of Textual Criticism* (Chicago: University of Chicago Press, 1983); Jonathan Goldberg, *Writing Matter: From the Hands of the English Renaissance* (Stanford: Stanford University Press, 1990); John Dagenais, “That Bothersome Residue: Toward a Theory of the Physical Text”, en *Vox Intexta: Orality and Textuality in the Middle Ages*, ed. A. N. Doane y Carol Braun Pasternack (Madison: University of Wisconsin Press, 1991), 246-59; *Palimpsest: Editorial Theory in the Humanities* George Bornstein and Ralph G. Williams (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1993); David Greetham, *Theories of the Text* (Oxford: Oxford University Press, 1999), especialmente 10-11, 86-9.

⁵⁸ Designa al alto grado de inestabilidad en las tradiciones textuales medievales (NT).

⁵⁹ Paul Zumthor, *Essai de poétique médiévale* (París: Editions du Setlil, 1972); *Pourquoi la critique génétique? Méthodes, théories*, ed. Pierre-Marc de Biasi, Michel Contat, y Daniel Ferret (París: Centre national de la recherche scientifique, 1998).

⁶⁰ Pickens, “The Future”, 61.

⁶¹ *The Songs of Jaufré Raudel* ed. Rupert T. Pickens (Toronto: Pontifical Institute of Medieval Studies, 1978); Paden, “Is there a Middle”, 124. Speer analiza otros proyectos editoriales con aspiraciones similares mientras argumenta que el texto impreso de Pickens sostiene visualmente un centro autoral y, por tanto, perpetúa los valores editoriales modernistas. (“Editing” i 9-10, 25-30).

⁶² Hutcheon, “Postmodern Problematics”, 6.

⁶³ Cfr. “The Status of Evidence”, *PMLA*, 111.1 (1996).

la historia del lenguaje cuando no existe un “lenguaje más allá del lenguaje”?⁶⁴ Si la filología es la disciplina que produce metanarrativas acerca del lenguaje por excelencia, la posfilología, entonces, intenta contar historias lingüísticas sin asumir la coherencia de los sistemas de lenguaje y ateniéndose a procesos híbridos en vez de normativos. Suzanne Fleischman argumentó, por ejemplo, que las descripciones del francés antiguo son a menudo ficciones gramaticales que responden a conceptos de uso modernos antes que a datos históricos. Señala, además, que Gaston Paris regularizó los casos de los sustantivos al editar textos, textos subsiguientemente utilizados como ejemplos en las gramáticas históricas. En este proceso, los lingüistas mantuvieron el mito de la monoglosia que soslayó las formas híbridas de los textos.⁶⁵ En una línea similar, Roger Wright hace notar que todos los estados sincrónicos de un lenguaje incluyen elementos tanto arcaicos como innovadores, de modo que se socavan los supuestos de una coherencia sistémica.⁶⁶ La ideología de la coherencia modernista está sostenida, en parte, a través de metáforas, figuras que pueden volverse objetos de estudio posfilológicos. Por ejemplo, la “contaminación”, la “falta de unidad”, la “confusión”, la “anormalidad”, el “sufrimiento” y otras expresiones como estas, hacen del lenguaje un *locus* de la pérdida y de la falta.⁶⁷ Por contraste, el asterisco (*), usado para indicar palabras que pueden haber existido o que por lógica debieran haber existido, sostiene el lugar de la plenitud que expresa la fantasía de un sistema coherente.⁶⁸ También puede entenderse como el signo de un “suplemento derrideano”: la palabra con asterisco se encuentra por fuera del sistema lingüístico conocido, pero resulta necesaria para su correcto acabado.⁶⁹ Estas clases de perspectivas críticas sobre la metanarrativa empañan las distinciones tradicionales entre la

⁶⁴ Bill Readings y Bennet Schaber ed., *Postmodernism Across the Ages: Essays for a Postmodernity that Wasn't Born Yesterday* (Syracusa: Syracuse University Press, 1993), 23.

⁶⁵ Suzanne Fleischman “Medieval Vernaculars and the Myth of Monoglossia: A Conspiracy of Linguistics and Philology”, en *Literary History and Challenge of Philology*, ed. Seth Lerer (Stanford: Stanford University Press, 1996), 92-104.

⁶⁶ Roger Wright, “Metalinguistic Change in Medieval Iberia” en *Early Ibero-Romance* (Newark, Del.: Juan de la Cuesta, 1994).

⁶⁷ Cfr. Peter Rickard, *A History of the French Language* (London: Unwin Hyman, 1989), 186, 188, L 90; Ralph Penny, *A History of the Spanish Language* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991), 216, 218.

⁶⁸ Cfr. Roger Wright, “The Asterisk in Hispanic Historical Linguistics”, en *Early Ibero-Romance* (Newark, Del.: Juan de la Cuesta, 1994), 45-64; Salvatore Claudio Sgroi, “L’asterisco nella linguistica italiana, francese e spagnola”, en *Italica et Romanica: Festschrift für Max Pfister*, (Tübingen: Max Niemeyer, 1997), 3: 441-7; Javier Elvira, “Sobre reconstrucción lingüística uso y abuso del asterisco en gramática histórica”, *Boletín de la Real Academia Española* 79 (1999): 425-43.

⁶⁹ Esta observación está inspirada en los análisis de Sylvia Söderlind, aunque ella no discute el asterisco lingüístico *per se*: “Margins and Metaphors: The Politics of Post-***”, en *Liminal Postmodernisms: The Postmodern, (Post-)Colonial, and the (Post-)Feminist*, ed. Theo D’Haen Hans Bertens (Amsterdam: Rodopi, 1994), 35-54.

lingüística interna (por ejemplo, la morfología, la fonología) y la lingüística externa (i.e. gramáticas formales, política del lenguaje). Roger Sell llama a la deconstrucción de este binarismo una “filología posdisciplinar”⁷⁰ que bien puede llamarse “posfilología”.

La crisis de la representación textual, de representar textos del pasado, es una crisis específicamente posmoderna y no puede ser resuelta por el simple rechazo a las representaciones problemáticas (ediciones, gramáticas históricas, etc.). Estas condicionan la investigación de todos aquellos que participen en los estudios centrados en textos y pueden ser integradas en un discurso, el de la crítica filológica, para nuestra comprensión del pasado y del presente. La filología comprometida con el posmodernismo, entonces, puede desviarse de la búsqueda de los orígenes y dedicarse a malabarismos más precarios.

Lo poscolonial

Los objetos de estudio de la posfilología no se limitan a la estética o a la recuperación crítica de ediciones. Ella incluye también un compromiso poscolonial por varias razones. En primer lugar, la filología colisionó con el posmodernismo en ámbitos académicos (en los Estados Unidos, al menos) al mismo tiempo en que los estudios poscoloniales se volvieron un discurso académico visible e influyente. Esta coincidencia sugiere que la filología y el poscolonialismo se dirigen a una colisión similar. En segundo lugar, en la crítica cultural, acaso igual que en todas las culturas, la poscolonialidad se encuentra íntimamente atada a la posmodernidad, ya sea como “hija” o como “brote”, en términos de Dirlík, o como una categoría que “subsume” lo posmoderno.⁷¹ Claro está que una discusión acerca de los “pos” que comienzan con el modernismo no estaría completa sin el colonialismo. En efecto, para Walter Mignolo, la diferencia entre lo posmoderno y lo poscolonial es de lugar y de tipo: “[Son] procesos alternativos para contrarrestar la modernidad desde diferentes legados coloniales y en diferentes situaciones nacionales o neocoloniales”.⁷² Así como el posmodernismo se desplaza más allá de las

⁷⁰ Roger Sell, “Postdisciplinary Philology: Culturally Relativistic Pragmatics”, en *English Historical Linguistics*, ed. Francisco Fernández Miguel Fuster, y Juan José Calvo (Amsterdam: Benjamins, 1994), 29-36.

⁷¹ Dirlík, “The Postcolonial Aura”, 348; *The Postcolonial Aura: Third World Criticism in the Age of Global Capitalism* (Boulder: Westview Press, 1997), I; Mishra y Hodge, “What is (Post) Colonialism?” *Textual Practice* 5 (1991): 399-414, cfr. 412.

⁷² Walter Mignolo, *The Darker Side of the Renaissance Literacy, Territoriality, and Colonization* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1995), xii.

lógicas fundacionales, los estudios poscoloniales formulan historias “posfundacionales”.⁷³ Finalmente, como muchos críticos han señalado, la filología misma cobró fuerza en las universidades europeas como una compañera de los nacionalismos,⁷⁴ y los nacionalismos que a menudo apoyaban con vigor la expansión colonial europea. En ciertos sentidos, el momento poscolonial de la filología ahora parece una consecuencia casi tan predecible como lo fue su nacimiento al interior de los estados colonizadores.

El compromiso de la filología con el poscolonialismo tiene un antecedente menos obvio que el compartido con el posmodernismo, pero se prolonga sorprendentemente lejos en el tiempo. A principios de los setenta, Brian Stock observó que la filología (“un estudio científico”) y la poscolonialidad (“la aparición de nuevas naciones”), ambas, habían dado forma a los estudios medievales después de la Segunda Guerra Mundial.⁷⁵ Por esos años, los antropólogos contrarrestaron los legados coloniales de su propia disciplina acudiendo a la filología. Clifford Geertz primero trazó una analogía entre la lectura de manuscritos y la lectura de culturas, y luego sugirió que la antropología debía intercambiar el colonialismo por la filología: “El análisis cultural es (o debiera ser) conjeturar sentidos, evaluar esas conjeturas y trazar conclusiones explicativas de las mejores conjeturas, sin descubrir el Continente del Sentido y cartografiar su paisaje incorpóreo”.⁷⁶ Para 1980, Alton Becker había dado un paso más y aseguró que la filología (“el estudio unificado del lenguaje y del texto”) era esencial para la “supervivencia” en un mundo plurilingüe con recursos decrecientes”. Según Becker, la filología negocia un cruel realineamiento de las relaciones culturales ya que supone “renunciar al mundo de uno y dejar que otros emerjan del texto”.⁷⁷ La filología sigue concerniendo a quienes están atentos a las dinámicas coloniales y poscoloniales contemporáneas. En efecto, Mignolo ha puesto a la filología al alcance de los estudios poscoloniales presentada como otra “nueva filología”: “Los procesos de *linguaging* transnacionales exigen una teoría y una filosofía de la producción simbólica humana fundada en *linguaging* y categorías transnacio-

⁷³ Gyan Prakash, “Writing Post-Orientalist Histories of the Third World: Perspectives front Indian Historiography”, *Comparative Studies in Society and History*, 32 (1990): 383-408, cfr. 398.

⁷⁴ Hans Ulrich “Un souffle d’Allemagne ayant passé”, Friedrich Diez, Gastón París, and the Genesis of National Philologies”, *Romance Philology*, 40 (1986): 1-37; Nichols, “Introduction: Philology”, I; Fradenburg, “So That We May Speak of Them”, 219; Pascale Hummel, *Histoire de l’histoire de la philologie: Etude d’un épistémologique et bibliographique* (Ginebra: Droz, 2000).

⁷⁵ Brian Stock, “The Middle Ages as Subject and Object: Romantic Attitudes and Academic Medievalism” *New Literary History*, 5 (1973--74): cfr. 527.

⁷⁶ Clifford Geertz. “Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture”, en *The Interpretation of Cultures* (Nueva York: Basic Books, 1973), 3-30, cfr. 10, 20.

⁷⁷ Alton Becker, “Modern Philology” *Forum Linguisticum*, 7 (1982): 27-41, cfr. 27-34.

nales y transimperiales, en una nueva filología y en una hermenéutica pluri-tópica que va a reemplazar y desplazar a 'la' tradición clásica que alojó a la filología y a la hermenéutica en el período moderno".⁷⁸

A pesar de estos compromisos mutuos, las metáforas que congenian con ideologías colonialistas emergen en varias discusiones filológicas. Del lado de la filología "tradicional", prevalecen las ideologías de la continuidad, de modo que Pickens niega la posibilidad de toda novedad: "Nunca podría haber una *nueva* filología. Aquello que pudiera llamarse así ya ha negado los principios básicos de la filología".⁷⁹ Al identificar a la filología con la imposibilidad de ruptura, esta concepción coloca a la filología del lado del poder hegemónico. Esta ambición totalizadora posee un potencial pernicioso en la medida en que promete reprimir las diferencias disruptivas en nombre de metanarrativas coherentes de verdad lingüística. En otros sitios, la práctica filológica se encuentra explícitamente alineada con maniobras de dominación. A.G. Rigg se retrata a sí mismo como el heredero de Samuel Champlain, un cartógrafo colonial que explora el archivo de la literatura medieval latina en lugar de la costa de Canadá; James O'Donnell describe al catalogador de manuscritos "como un explorador del siglo XIX de regreso de un continente remoto"; Siân Richard se refiere a los manuscritos como "territorio extranjero" (aunque exponga a la vez las dinámicas que determinan la "ciudadanía").⁸⁰ Ejemplos del académico-explorador ciertamente pueden multiplicarse: esta y otras metáforas contiguas, como Bruce Holsinger ha también observado, cargan con un peso colonialista aún sin examinar.⁸¹ Aquellos críticos asociados con metodologías posmodernistas cargan con un peso similar. Jeffrey Jerome Cohen, por ejemplo, asocia a la filología con la agresión violenta cuando escribe que los medievalistas están "armados con filología".⁸² Bloch ha trazado un inquietante paralelo celebratorio entre los estudios me-

⁷⁸ Walter Mignolo, "Linguistic Maps, Literary Geographies, and Cultural Landscapes: Languages, Language, and (Trans)nationalism" *Modern Language Quarterly*, 57 (1996): 181-96, cfr. 183; revisado en *Local Histories*, 220.

⁷⁹ Pickens, "The Future", 79.

⁸⁰ A.G. Rigg, *A History of Anglo-Latin Literature 1066-1422* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), 1; James J. O'Donnell, "Retractions", en *The Whole Book: Cultural Perspectives on the Medieval Miscellany*, ed. Stephen G. Nichols y Siegfried Wenzel (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1996), 169-

⁷³ Cfr. 172; Siân Echard, "House Arrest: Modern Archives, Medieval Manuscripts" *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, 30.2 (2000): 185-210, cfr. 195.

⁸¹ Bruce Holsinger, "The Color of Salvation: Desire, Death and the Second Crusade in Bernard of Clairvaux's 'Sermons on the Song of Songs'" en *The Tongue of the Fathers: Gender and Ideology in Twelfth Century Latin*, ed. David Townsend and Andrew Taylor (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1998), 156-86, cfr. 156-7.

⁸² Jeffrey Jerome Cohen, "Introduction: Midcolonial", *The Postcolonial Middle Ages* (Nueva York: St. Martin's Press, 2000), 1-17, cfr. 4.

dievales contemporáneos y el *Imperium* dantesco: “Nunca ha habido un momento tan propicio para la enseñanza de las obras de filósofos, historiadores y poetas que imaginaron por su cuenta la posibilidad de aquello que Dante denominó el *Imperium*, el mundo conocido unificado bajo un mismo reinado. Los medievalistas debieran explotar el desarrollo de la comunidad europea para imprimir sobre los programas universitarios las aspiraciones universales de la cultura medieval”.⁸³ Este pasaje parece predecir y aprobar el triunfo de un gobierno mundial —el brazo político de la globalización económica que se encuentra en vías de establecer muchas regiones poscoloniales. Aquí, sin embargo, el poder del neomperialismo está concentrado en Europa. Al tomar lo europeo como universal, esta visión expansionista del medievalismo coloca a la filología directamente al servicio del capitalismo neocolonial y las alianzas políticas que lo sostienen.

En términos de disciplina, la posfilología, en cambio, trataría las complejas relaciones entre las historias políticas, lingüísticas y literarias. En relación con el nacionalismo europeo, la posfilología se encuentra bien establecida en este sentido. Una variedad de trabajos ha identificado los intereses nacionales de la filología durante el período del colonialismo moderno, mientras que otros han desarrollado, más específicamente, sus compromisos coloniales.⁸⁴ Joseph Duggan, por caso, ha argumentado que el interés por la *Chanson de Roland* de la Francia del siglo XIX no solo fue el resultado de las rivalidades nacionalistas con Alemania, sino que lo fue también de los compromisos coloniales en Argelia (en especial, a partir de 1870). Aunque a comienzos del siglo XX la edición y traducción de la épica por parte de Bédier, como suele reconocerse, quebró con el espíritu de esta tradición nacionalista, su propia formación en el seno de una familia criolla de la isla de Reunión da cuenta de las complejas relaciones entre el medievalismo, el orientalismo y el colonialismo.⁸⁵ La historia de los estudios medievales en España se encuentra igualmente atada a las historias coloniales, en parte porque 1898 marca la

⁸³ R. Howard Bloch, “The Once and Future Middle Ages”, *Modern Language Quarterly*, 54 (1993): 67-76. Cfr. 73.

⁸⁴ Cfr. Gumbrecht, “Un soufflé d’Allemagne”, *Medievalism and the Modernist Temper: On the Discipline of Medieval Studies*, ed. R. Howard Bloch y Stephen Ge Nichols (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995).

⁸⁵ Joseph Duggan, “Franco-German Conflict and the History of French Scholarship on the ‘Song of Roland’”, en *Hermeneutics and Medieval Culture*, Patrick J. Gallacher y Helen Damico (Albany: State University Of New York Press, 1989), 97-106; Michelle R. Warren, “*Au commencement était l’île*; The Colonial Formation of Joseph Bédier’s ‘Chanson de Roland’”, en *Translating Cultures: Postcolonial Approaches to the European Middle Ages*, ed. Ananya J. Kabir y Deanne M. Williams (Cambridge; Cambridge University Press, en prensa).

pérdida de la última colonia americana al tiempo que define una generación de estudiosos modernistas cuyas prácticas filológicas conservan su influencia.⁸⁶

En términos textuales, la posfilología expone los compromisos ideológicos de las ediciones y las traducciones. De hecho, para David Greetham (como también para Mignolo), la filología poscolonial será otra forma de “nueva filología”, una que articula el lugar de las instituciones, los editores, y los textos en relación con las políticas nacionales y coloniales.⁸⁷ Las prácticas en torno a la anotación, por caso, establecen redes de poder en torno a y por sobre la textualidad. Nichols pone en primer plano los orígenes de la anotación durante el imperio romano, e identifica algunas de las implicancias especialmente agresivas del ejercicio, tanto de la anotación de manuscritos de ediciones como de la escritura de anotaciones en torno a textos editados.⁸⁸ La posfilología incluye también los estudios críticos de la edición de textos sobre la colonización y el colonialismo. La crítica textual de las narrativas de la expansión transatlántica europea es especialmente pertinente, dadas las complejidades de los materiales del manuscrito y los invariables intereses ideológicos en esta historia de ambos lados del Atlántico. David Henige, por ejemplo, ha mostrado las falacias interpretativas que se desprenden de ediciones acríticas, mientras que Margarita Zamora ha analizado los comentarios marginales para elucidar las manipulaciones del siglo XVI sobre el sentido de la palabra “descubrimiento”.⁸⁹

Gracias a los estudios poscoloniales, la posfilología pues encuentra otro motivo para valorizar ediciones más antiguas: ellas testimonian las historias expansionistas y las ideologías de la dominación. Algunos filólogos del siglo XIX de hecho concibieron a la edición y a la traducción como intervenciones coloniales. Jean-Bernard Mary-Lafon, por ejemplo, ofreció su traducción de la épica *Fierabrás* como una ayuda literal para la colonización de África del Norte:

Pourquoi ne montrerait-on pas dans cette épopée chevaleresque la grande figure de Charlemagne aux Arabes d’Afrique, dont le coeur bonderait de joie au récit des grands coups portés par Fierabras, et qui verraient probablement, avec leur foi fataliste, un arrêt prématuré de Dieu et le doigt d’Allah dans la

⁸⁶ Cfr. Dámaso Alonso, “Menéndez Pidal y la generación del ‘98”, *Revista de Letras*, 1 (1969): 209-28; Catherine Brown, “The Relics of Menéndez Pidal: Mourning and Melancholia in Hispanomedieval Studies”, *La corónica*, 24 (1995), 15-41; Peter Lnehan, “The Court Historiographer of Francoism?: ‘La leyenda oscura’ of Ramón Menéndez Pidal”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 73 (1996): 437-50.

⁸⁷ David Greetham, *Theories of the Text*, 428.

⁸⁸ Stephen G Nichols, “On the Sociology of Medieval Manuscript Annotation”, en *Annotation and Its Texts*, ed. Stephen A. Barney (Oxford: Oxford University Press, 1991), 43-73.

⁸⁹ David Henige, “Tractable Texts; Modern Editing and the Columbian Writngs” en *Critical Issues in Editing Exploration Texts*, ed. Germaine Warkentin (Toronto: University of Toronto Press, 1-35; Margarita Zamora, *Reading Columbus* (Berkeley; University of California Press, 1993).

soumission et le baptême du plus brillant de leurs héros?... Dans ce fait si étrangement remarquable, du Fierabras de la légende s’agenouillant aux pieds de Charlemagne et de l’Abd-el-Kader de l’histoire s’agenouillant devant Napoléon, n’y a-t’il pas de quoi frapper des imaginations moins impressionables que celles des Arabes?

[¿Por qué no les enseñamos en esta épica caballeresca la gran figura de Carlomagno a los árabes de África, cuyos corazones saltarían de alegría ante la narración de los grandes golpes asestados por Fierabrás, y que verían probablemente, con sus creencias fatalistas, una muestra prematura de Dios y del dedo de Alá en la sumisión y el bautismo del más brillante de sus héroes? En este acontecimiento tan extrañamente destacable, del Fierabrás de leyenda arrodillándose ante los pies de Carlomagno y del Abd-el-Kader de la historia arrodillándose ante Napoleón, ¿no hay acaso suficiente como para sacudir imaginations menos impresionables que las de los árabes?]

Mary-Lafon concluye con la esperanza de que su traducción sea a su vez traducida al árabe “[pour] redire en Orient et en Afrique, sous la tente et sous le kiosque, les geste héroïques de nos pères” [para repetir en Oriente y en África, bajo la tienda y bajo el kiosco, los gestos heroicos de nuestros padres].⁹⁰ La traducción de Mary-Lafon, al igual que aquellas que imagina, atestiguan la agencia del lenguaje en la ambición colonial. En efecto, los estudios sobre la traducción han dejado bien establecidas las múltiples maneras en las que los lenguajes dan forma al poder y a la resistencia colonial.⁹¹ La resistencia a la ideología de la unidad francesa del propio Mary-Lafon, nacido de la militancia por la permanente autonomía de las culturas regionales que anteceden la invasión franca de la Galia,⁹² extrae su retórica expansionista de una lógica de legados coloniales internos y externos particularmente compleja. Los críticos debieran por tanto estar recelosos del “mito del progreso” por el cual una “buena” edición o traducción vuelve obsoleta a sus antecesoras.⁹³ Este mito fomenta una amnesia colonial potencialmente dañina. Y dado que la única

⁹⁰ Jean-Bernard Mary-Lafon, *Fierabras, légende nationale*, (París: Librairie nouvelle, 1857), xiii, xiv. Janine Dakyns menciona a Mary-Lafon en relación con la medievalización imperial de Louis Napoleón en *The Middle Ages in French Literature, 1851-1900* (Oxford: Oxford University Press, 1973), 33.

⁹¹ *Rethinking Translation: Discourse, Subjectivity, Ideology*, ed. Lawrence Venuti (Londres: Routledge, 1992); Gayatri Chakravorty Spivak, “The Politics of Translation”, en *Outside in the Teaching Machine* (Londres: Routledge, 1993), 179-200; Ruth Evans, “Translating: Past Cultures?”, en *The Medieval Translator, IV* ed. Roger Ellis y Ruth Evans (Éxeter: University of Exeter Press, 1994), 20-45; Douglas Robinson, *Translation and Empire: Postcolonial Theories Explained* (Mánchester, UK: St. Jerome, 1997); *Post-Colonial Translation*, ed. Susan Bassnett y Harish’ Trivedi (Londres: Routledge, 1999).

⁹² Sobre la defensa del Midi de Mary-Lafon, ver Michael Glencross, “La littérature française du moyen âge dans la critique littéraire sous la Monarchie de Juillet” *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, 103 (1993): 244-55, cfr. 252.

⁹³ McClintock, “Angel of Progress”. Arthur, “On editing”, 21-59.

edición publicada del *Fierabrás* francés es de 1860, apenas unos años después de la traducción de Mary-Lafon, estos pasados pueden circular de varias maneras aún sin examinar.⁹⁴ La posfilología, pues, enfrenta los valores ideológicos de los productos de la filología del siglo XIX, aún, o específicamente, cuando no son “confiables” en los términos filológicos actuales.

En el interior de la lingüística histórica, la posfilología significa destacar las relaciones entre el cambio del lenguaje y las maniobras coloniales. Para las lenguas romances, la historia del Imperio romano y los subsiguientes expansionismos europeos dan forma a historias lingüísticas atravesadas por un bilingüismo coercitivo y por relaciones de poder diglósicas. Nichols, por caso, expone las políticas raciales que dieron forma a la historia de las lenguas romances de Émile Littré de 1850.⁹⁵ La posfilología también puede encargarse de la lingüística histórica practicada en los recientes contextos coloniales.⁹⁶ De modo similar, análisis críticos de la categoría de “prestigio” como un agente a favor o en contra del cambio lingüístico, combinado con análisis teóricos de la subjetividad de hablantes multilingües en situaciones de diglosia diferencial, pueden elucidar las incursiones lingüísticas del colonialismo.⁹⁷ Por ejemplo, ¿de qué manera es posible que una lengua “dominante” se vuelva un dialecto?⁹⁸ Las narrativas de la historia lingüística mismas se vuelven sujetos de un análisis poscolonial crítico. La monoglosia, así, es tanto un producto de un deseo colonialista y nacionalista como del positivismo modernista. Anthony P. Espósito, por ejemplo, deconstruye el mito de la monoglosia en la lingüística española a través del análisis de textos híbridos en la Cataluña medieval, al tiempo que desacopla el lenguaje de la idea de nación. Asimismo, Iris Zavala ha enseñado cómo los primeros intérpretes de Garcilaso convirtieron su texto en una ficción monolingüística, produciendo un texto imperial entre la heteroglosia y la heterogeneidad. Finalmente, en los más amplios términos, los legados coloniales de la expresión “indoeuropeo” reclaman el

⁹⁴ *Fierabras*, ed. Auguste Kroeber y Gustave Servois (París: F. Vieweg, 1860). G.A. Knott (Ph.D., University of Cambridge, 1954) y André de Mandach (1981; CH-3065 Habstetten près Berne, Switzerland) prepararon las ediciones, pero estas aún no han sido publicadas.

⁹⁵ Stephen G. Nichols, “Modernism and the Politics of Medieval Studies”, en *Medievalism*, 25-26, cfr. 34-40.

⁹⁶ Cfr. “Documenting the Colonial Experience with Special Regard to Spanish in the American Southwest”, ed. Barbara de Marco y Jerry R. Craddock, *Romance Philology*, 53, (1999).

⁹⁷ La *History of the Spanish Language* de Penny es una historia de la lengua más próxima al espíritu posfilológico que la *History of the French Language* de Rickard.

⁹⁸ Manfred Görlach, “Colonial Lag? The Alleged Conservative Character of American English and Other ‘Colonial’ Varieties”, *English World-Wide*, 8.1 (1987): 41-60, especialmente 56.

cuestionamiento de las más básicas suposiciones sobre las historias del lenguaje, de la cultura y de la dominación.⁹⁹

La historia de la codificación lingüística explícita y del comentario revela de igual modo una variedad de compromisos coloniales e intensivos. Las primeras gramáticas del castellano y del francés, por ejemplo, atestiguan deseos expansionistas. Antonio Nebrija produjo una gramática del castellano dedicada a la reina Isabel (“arbitrio de todas nuestras cosas”, incluso del lenguaje), diseñada explícitamente para servir los intereses del imperio y en un pequeño formato portátil, conveniente para viajar. Nebrija comienza su texto con la célebre observación: “siempre la lengua fue compañera del Imperio”. Aunque esta frase es citada con frecuencia para sugerir que la lengua contribuye a la creación de un imperio, los ejemplos de la historia hebrea, griega y latina que ofrece Nebrija más bien demuestran que la lengua refleja el desarrollo imperial: crece hasta la perfección y entra en decadencia y en el olvido a menos que sea codificada. Al escribir en 1492, apenas después de la conquista de Granada y con la perspectiva de una expansión hacia África, Nebrija entendió que España había alcanzado la cima imperial: con una gramática escrita, la lengua reflejaría este logro político y militar.¹⁰⁰ El texto no solo servirá de ayuda a los españoles para aprender más rápidamente, sino que facilitará la necesaria propagación de la ley española tanto a los nuevos pueblos conquistados como a los extranjeros que necesitan comunicarse con España.¹⁰¹ En la Nueva España, sin embargo, territorio en el que los frailes estaban más interesados en las gramáticas de lenguas amerindias, la gramática latina de Nebrija fue mucho más influyente: la gramática española no fue reimpressa hasta 1744, y luego hasta 1893, mientras que la gramática latina estuvo continuamente en imprenta desde 1481.¹⁰² Entretanto, en el siglo XIX, la gramá-

⁹⁹ Anthony P. Espósito, “Bilingualism, Philology and the Cultural Nation: The Medieval Monolingual Imaginary”, *Catalan Review*, 9 (1995): 125-39; Iris M. Zavala, “The Art of Edition as the Techné of Mediation: Garcilaso’s Poetry as Masterplot”, en *The Politics of Editing*, ed. Jenaro Talens y Nicholas Spadaccini (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1992), 52-73; Veena Naregal, “Language and Power in Pre-Colonial Western India: Textual Hierarchies, Literate Audiences and Colonial Philology”, *The Indian Economic and Social History Review*, 37 (2000): 259-94.

¹⁰⁰ Eugenio Asensio subraya las cualidades retrospectivas de los razonamientos de Nebrija en “La lengua compañera del imperio: Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal”, *Revista de filología española*, 13 (1960): 399-413, cfr. 406-7. Mientras Mignolo reconoce que Nebrija pudo no haber tenido en cuenta el expansionismo de Occidente, sin embargo, interpreta la gramática principalmente desde la perspectiva de los siglos posteriores (*The Darker Side*, 41).

¹⁰¹ Antonio de Nebrija, *Gramática castellana*, ed. Galindo Romeo y Ortiz Muiioz (Madrid Edición de la Junta del Centenario, 1946), a.ii, a.iii.

¹⁰² *Bibliografía Nebriense: Las obras completas del humanista Antonio de Nebrija desde 1481 hasta nuestros días*, ed. Miguel Angel Esparza Torres y Jans-Josef Niederhee (Amsterdam: John Benjamins, 1999), cfr. 302-5; Mignolo, *The Darker Side*, 49-56.

tica de Nebrija constituyó la base de la gramática nacionalista de Andrés Bello, lo que lleva a Mignolo a señalar la ironía histórica de una verdadera importación posfilológica: “la gramática que Nebrija había pretendido poner al servicio de la expansión del imperio español de hecho sirvió como una herramienta para ayudar a construir las naciones que emergieron de la liberación de la colonización española”.¹⁰³ En la España y en la América Latina contemporánea, la lengua y las políticas poscoloniales permanecen entrelazadas.¹⁰⁴

La primera gramática del francés, en cambio, es un largo y pesado libro que no fue escrito por un hablante “nativo”, sino por John Palsgrave “Anglois, natyf de Londres et gradue de Paris”. Al igual que Nebrija, Palsgrave le ofrece la lengua vernácula a su soberano (Enrique VIII). Pero mientras que el español fue codificado como un objeto para exportar, el francés es importado. Y los “extranjeros” a los que Palsgrave se dirige, van a ganar (y no perder) soberanía al adquirir el francés; a Enrique se lo llama “kyng of Englande and of France”, y su esposa Mary (“douagere of France”) es una de las discípulas más importantes de Palsgrave. Además, Palsgrave elogia a Enrique por hacerse de la lengua francesa para sus súbditos, añadiéndola, en cierto sentido, a sus “amplios dominios” europeos.¹⁰⁵ En subsiguientes esfuerzos coloniales en las Américas, el francés tampoco fue exportado: en el siglo XVII, Raymond Breton produjo un diccionario y una gramática del Caribe, no para enseñarle el francés a los habitantes de Guadalupe, sino para enseñar la lengua indígena a los misionarios y mercaderes.¹⁰⁶ Tras la Revolución francesa, sin embargo, el colonialismo interno prosiguió principalmente como una empresa lingüística, con los informes del Abad Grégoire “Sur la nécessité et les moyens d’anéantir les patois et d’universaliser l’usage de la langue française” [Sobre la necesidad y los medios para destruir los dialectos y universalizar el uso del francés].¹⁰⁷ Las políticas lingüísticas actuales aún rechazan la firma de

¹⁰³ Andrés Bello, *Gramática de la lengua castellana: Destinada al uso de los americanos* (1847) ed. Ramón Trujillo (Santa Cruz de Tenerife: Instituto Universitario de Lingüística Andrés Bello, 1981); Mignolo, *The Darker Side*, 67.

¹⁰⁴ Kathryn A. Woolard, *Double Talk: Bilingualism and the Politics of Ethnicity in Catalonia* (Stanford: Stanford University Press, 1989); *Spanish in Four Continents: Studies in Language Contact and Bilingualism*, ed. Carmen Silva-Corvalán (Washington, D.C.: Georgetown University Press 1995).

¹⁰⁵ John Palsgrave, *Lesclaircissement de la langue francoyse*, 1530 (Menston: Scolar Press, 1969).

¹⁰⁶ *Dictionnaire caraïbe-français* [1665] (París: Karthala, 1999); *Grammaire caraïbe* (Auxerre: Giles Bouquet, 1667). Cfr. Doris Garraway, *The Libertine Colony: Creolization in the Early French Caribbean* (Durham: Duke University Press, en prensa).

¹⁰⁷ Augustin Gazier, *Lettres à Grégoire sur les patois de France, 1790-1794* (París: A. Durand et Pedone-Lanriec, 1880); Michel de Certeau, Dominique Julia y Jacques Revel, *Une politique de la langue: La Révolution française et les patois* (París: Gallimard, 1975).

la “Chartre des langues” europea (que garantiza el apoyo para lenguas regionales y minoritarias), mientras promueven “la francophonie” internacionalmente.¹⁰⁸

La problemática de la representación textual, de representar textos, satura tanto a los estudios poscoloniales como al posmodernismo. El hecho de que las situaciones coloniales moldeen formas lingüísticas y textuales, y que estas formas a veces legitimen ambiciones expansionistas o fomenten la resistencia, obliga a una renovada atención filológica a estas historias. Incluso metáforas como “marginalidad”, utilizadas para describirlas, se prestan al escrutinio filológico. Aunque Sylvia Söderlind ha considerado la relación del concepto con la tipografía (y con la “justificación” tipográfica en relación con las justificaciones de poder),¹⁰⁹ la tipografía moderna no condujo a la espacialización textual o a las representaciones gráficas de poder. La colocación de renglones en los manuscritos, las letras, y los rollos entre otros, ofrecen tropos visuales de aserción fronteriza y, a diferencia del libro impreso, los márgenes de los manuscritos a menudo llevan marcas de intervención (por ejemplo, comentarios del lector, dibujos, correcciones, etc.). La posfilología, entonces, puede identificar con precisión histórica las dinámicas del poder opresivo y resistente que atraviesan el lenguaje y los sistemas de textos. Puesta al servicio de la crítica política e ideológica, la filología aporta los efectos corrosivos de su fetiche por el detalle a las jugadas poscoloniales significativas.

Cerca del siguiente pos

Sobre el cierre de un siglo cuyo terreno intelectual se encuentra minado de secuelas (la posguerra, lo posmoderno, el posfeminismo, lo poscolonial, lo poscomunista...) es hora de pensar la posfilología, es decir, es hora de pensar una posfilología marcada por el orden estético de la posmodernidad, en cuanto a la originalidad, y por el orden político de la poscolonialidad, en cuanto a las figuras de dominación. El gesto posmoderno de la filología estriba en remover la idea de un centro privilegiado de las concepciones de una práctica crítica y en analizar los síntomas de los deseos de artefactos originales –deseos que permean la filología, la estética modernista y las relaciones de poder coloniales por igual. La posfilología se ocupa de manuscritos y distintas clases de copias, traducciones y ediciones: todas tienen algo que ofrecerle a la crítica cultural cuando somos lo suficientemente creativos para insistirles con preguntas que nos puedan contestar. Cuando se la mira a partir de los estudios poscoloniales, la posfilología se centra en las dinámicas de poder que les dan forma a estas representaciones. La posfilología se encarga, pues, de

¹⁰⁸ Audrey Gaquin, “Les langues minoritaires de France et la nouvelle Europe”, *The French Review* 73, (1999): 94-107; Jean-Louis Calvert, “French Language Policy and Francophonie”, en *Language, Legislation and Linguistic Rights*, ed. Douglas A. Kibbee (Amsterdam: Benjamins, 1998), 310-19.

¹⁰⁹ Söderlind, “Margins and Metaphors”, 39.

fenómenos locales, mientras articula las implicancias de los intereses nacionalistas y universalistas: pone en evidencia los matices coloniales detrás de la retórica por la continuidad y la pureza.

La posfilología no vuelve obsoleta a la filología, de la misma manera en que el posmodernismo no terminó con la "historia" o en que el poscolonialismo no acabó con los legados opresivos del expansionismo. Según Hutcheon, lo posmoderno solo expone el carácter construido de la historia y la condición textual del conocimiento¹¹⁰ y, por tanto, su provisionalidad. Al igual que otros *pos*, el *pos* de la posfilología desarticula una práctica o condición específica de las teleologías históricas. Ella identifica y asocia prácticas de diversos períodos o disciplinas a partir de métodos compartidos, incluso, o especialmente cuando sus ideologías declaradas se encuentran en conflicto. Pickens, por ejemplo, observa útilmente las similitudes entre algunas de las metodologías propuestas por Karl Uitti (un "filólogo tradicionalista") y Cerquiglini (un "nuevo filólogo" radical).¹¹¹ La posfilología reduce la brecha percibida entre la materialidad textual y la hermenéutica.

Uno de los mayores méritos de la posfilología estriba en la oportunidad de reformular la "experticia" y los "expertos" que la poseen. La producción filológica del sentido ha dependido de garantes expertos de información objetivamente cierta, es decir, de un sujeto unitario y autoritativo.¹¹² El posmodernismo al igual que la teoría poscolonial desestabilizan a este sujeto y al *logos* mismo en tanto objeto de deseo. El resultado es aquello que Bill Readings y Benney Schaber han llamado "una competencia más allá de la experticia". Ellos describen al experto modernista como un "extranjero que se encuentra en casa en todos los mundos" (implicando así conexiones coloniales), mientras identifican al historiador posmoderno como "un escritor que siente el pasado como una suerte de 'extranjería en casa'... un extraño en la casa de la modernidad".¹¹³ Aquí, la pérdida de la estabilidad temporal (en términos posmodernos) disuelve las unidades culturales y geográficas (en términos poscoloniales). Las implicancias de la "extranjería en casa", o lo que Abdul Jan Mohamed ha llamado "la indigencia como casa", dispersan el poder de la experticia entre los ciudadanos del "imperio de las P" (el término que Culler utiliza para designar la amplitud agresiva que se le atribuye a la filología).¹¹⁴

La deconstrucción del experto en tanto amo de los discursos y las técnicas le otorga a la historia material (por ejemplo, manuscritos, ediciones,

¹¹⁰ Linda Hutcheon, "Beginning to Theorize Postmodernism", *Textual Practice*, 1 (1987): 10-31.

¹¹¹ Pickens, "Future", 70-1.

¹¹² Hult, "Lancelot's Two Steps", 852-3; Johnston, "Philology".

¹¹³ Readings y Schaber, *Postmodernism*, 19, 20.

¹¹⁴ Abdul R. JanMohamed, "Wordliness-without-World, Homelessness-as-Home: Toward a Definition of the Specular Border Intellectual", en *Edward Said: A Critical Reader*, ed. Michael Sprinker (Oxford: Blackwell, 1992), 96-120; Culler, "Anti-Foundational Philology", 49.

etc.) la misma fuerza teórica que a la narrativa crítica: la una puede modificar a la otra. Esto no significa que cualquiera puede editar manuscritos o escribir historias lingüísticas: el conocimiento técnico es indispensable. Sí significa, sin embargo, una responsabilidad generalizada para considerar el poder de la técnica respecto de los análisis literarios y culturales. La práctica de la crítica en todos los campos a menudo depende de las relaciones de poder reprimidas con los expertos y los productos de su experticia. Y lo que se deja en manos de los “expertos” puede fácilmente ser objetivado como admirable u obsoleto, urgente o arcano: en todo caso no debe concernir al público general. Pero si resulta fácil desdeñar a la filología, ¿quién podría trabajar sin ella? (Esto no quiere decir que la filología precede a la interpretación: puede ser fundamental sin ser preliminar).¹¹⁵ Los estudios posmodernos y poscoloniales pueden entonces contribuir a una filología consciente de sus implicancias epistemológicas e ideológicas, mientras que la filología puede contribuir a la teorización de las condiciones materiales de la textualidad que le dan forma al conocimiento a largo y a lo ancho de las humanidades. Esta “posfilología” puede aspirar a realizar relaciones transaccionales entre la cultura material y los estudios culturales en general.

Si la filología es el arte de leer lentamente, como repetía Roman Jakobson,¹¹⁶ entonces la posfilología es la lectura que te puede dar un dolor de cabeza: los centros se desplazan constantemente, las paralelas se cruzan, los orígenes se dispersan y la política pesa mucho. Y dado que, hasta cierto punto, la posfilología sigue siendo filología, su historia sigue imponiéndose. Uno de los aspectos más influyentes de esa historia es *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (*Las bodas de Filología y de Mercurio*), la alegoría sobre la organización del conocimiento humano del siglo V de Martianus Capella. Resulta que Martianus es una figura ejemplar para repensar la práctica de la filología en términos “pos”.

Martianus, un norafricano pagano establecido en Cartago (*Afer Carthaginiensis*)¹¹⁷, ofició de “autor” de la educación medieval cristiana, del huma-

¹¹⁵ Jerome McGann desarrolla esta útil distinción en “The Monks and the Giants: Textual and Bibliographical Studies and the Interpretation of Literary Works”, en *Textual Criticism and Literary Interpretation*, ed. Jerome J. McGann (Chicago: University of Chicago Press, 1985), 180-99.

¹¹⁶ Calvert Watkins llena su informe de mistificaciones que sustraen a la filología de la historia: “Déjeme concluir con la definición de filología que daba mi profesor Roman Jakobson, (quien a su vez la obtuvo del suyo): ‘La filología es el arte de leer lentamente’” (“What is Philology?”, *Comparative Literature Studies*, 28 [1990]: 21-5, cfr. 25). James McCawley ofrece una versión alternativa: “La filología es el arte de leer cuidadosamente” (citado en Winters and Nathan, “First He Called Her a Philologist”, 351). Ver otras semblanzas en: De Man, “Return”; Patterson, “Return”, 236.

¹¹⁷ William Harris Stahl et al., *Martianus Capella and the Seven Liberal Arts* (Nueva York: Columbia University Press, 1971-77), 1-12.

nismo europeo, y, de modo distante, de las artes liberales modernas. Su popularidad en las escuelas carolingias fue en gran medida promulgada por estudiosos emigrados de Irlanda: hoy, sus legados humanistas siguen siendo objeto de disputa por parte de diferentes poscriticismos.¹¹⁸

En la alegoría de las bodas, Filología debe ser transformada de mortal a inmortal antes de que la boda tenga lugar: ella garantiza entonces la continuidad histórica mientras encarna el potencial de ruptura. Su doncella Geometría resulta de particular interés para la posfilología, porque ella es la “medidora de la Tierra” (*geo-metria*), una “viajera incansable” (“*viatrix infatigata*”) de porte masculino (“*iure ut credatur mascula*”) que describe al mundo conocido en su totalidad.¹¹⁹ Su descripción del mundo, además, sigue el legado de la Roma expansionista al hacer de Europa una fuerza geográfica menor, por poco literalmente provinciana.¹²⁰ Geometría junto con Aritmética, Música y Astronomía conforman el *quadrivium*, y Gramática, Retórica y Lógica conforman el *trivium*. Filología y sus doncellas entonces aportan todas las materias primas a la unión mientras que a Mercurio le corresponde interpretarlas. A partir de esta alegoría la crítica occidental ha heredado las metáforas de una hermenéutica activa y masculina y una presentación pasiva y femenina. La crítica moderna, además, se ha comportado como si la filología y la hermenéutica se hubieran divorciado hace tiempo, sin tener nada que ver la una con la otra, dado que cada una persiguió propósitos mutuamente excluyentes. Quizás ahora podemos imaginar una reunión transgresiva y multirracial: casados nuevamente (las instituciones y las tradiciones aún delimitan las prácticas críticas hasta un punto), Filología se acuesta con cualquiera, mientras que Mercurio prefiere draguarse. No siempre están contentos el uno con el otro, pero sus hijos son hermosos.

¹¹⁸ William Harris Stahl, “The Quadrivium of Martianus Capella: Its Place in the Intellectual History of Western Europe”, en *Arts libéraux et philosophie au moyen âge* (Montréal: Institut d’études médiévales, 1969), 959-67, cfr. 959; Emily Bauman, “Re-dressing Colonial Discourse: Postcolonial Theory and the Humanist Project”, *Critical Quarterly*, 40.2 (1998): 79-89.

¹¹⁹ “De nuptis Philologiae et Mercurii” in *Martianus Capella*, ed. James Willis (Leipzig: B. G. Teubner, 1983), 204, 206, 250; Stahl, *Martianus*, 2: 218, 220, 263.

¹²⁰ Stahl, *Martianus*, 1: 131-6.